CAPÍTULO IX

ÚLTIMA CRISIS.—LAS DUDAS DE AGUSTÍN LLEGAN AL EXTREMO.—SANTA MÓNICA LLAMA EN SU AYUDA Á SAN AMBROSIO, Y REDOBLA EL FERVOR PARA ADQUI-RIR LA SEGURIDAD DE QUE SE SALVARÁ SU HIJO.

Años 384 al 386.

Gustín había llegado á Milán y tomado posesión de su cátedra de Elocuencia, en la peligrosa situación indicada últimamente; habiendo buscado la verdad por todas partes sin hallarla en parte alguna, amándola siempre, pero desesperanzado de encontrarla, y persuadido de que eran muy sabios los que de todo dudaban, último abismo, el más profundo, el más obscuro y fatal en que Agustín iba á sumergirse por espacio de dos años, y del que debia salir cristiano por dicha suya, pues de otro modo, habría llegado á embrutecerse. Por esto y porque Agus-

tín corría el mayor de los peligros, Dios le enviaba á Santa Mónica, á fin de que le ayudara á encontrar otra vez el camino de la luz.

Mas por conveniente que fuese la presencia de su madre en esta suprema crisis, no bastaba sin duda. Los corazones maternales abundan en pureza, ternura y fuerza; sin embargo me atreveré á decir, que no son ni bastante fuertes, ni quizá bastante puros, para que los hijos puedan renacer, mediante ellos solos, á la luz del Evangelio que perdieran. Para esta obra verdaderamente divina, son necesarias almas que en una consagración altísima hayan bebido mayor fuerza vivificadora. Lo que la madre empieza con sus lágrimas, el sacerdote lo acaba con la autoridad y la sangre de Jesucristo, y cuanto más sumergido esté en el abismo del mal aquel á quien se quiere salvar, mayor es el cuidado con que Dios prepara la madre cristiana y el sacerdote, que han de trabajar á una en esta cura sublime. Por esto Dios, después de dar á Agustín una madre como Mónica, dispone que San Ambrosio le ayude en tan grande empresa.

Parecía que este eminente Obispo había sido hecho de intento para entender á Agustín, joven inquieto, triste, ardiente y dispuesto así á entusiasmarse como á abatirse, según la influencia que le dominara. Había pasado aquél su juventud en el mundo, consagrado á los negocios

y al estudio, lo cual establecía cierta relación entre su alma y la de Agustín. Posteriormente se había dedicado á la Elocuencia, y joven aún, había adquirido en el foro grandísima celebridad, en lo cual también se parecían; y por último, nacido como Agustín de madre cristiana, había permanecido catecúmeno como él hasta los treinta años; si bien debemos consignar que el catecúmeno Ambrosio no conoció jamás las dudas, ni los desórdenes, ni los errores de Agustín. Pero acaso esto fuese una razón más de simpatía, ya que, para inclinarse con ternura hacia el corazón culpable y para sentir debidamente las agitaciones dolorosas de un alma, es mejor á veces haber vivido siempre en la serenidad, en la luz y en la paz. Se ve pues que, fuera de la vida desarreglada, estos dos hombres habían tenido singulares semejanzas hasta la edad de treinta años.

Un acontecimiento imprevisto había cambiado la carrera de Ambrosio. La Silla episcopal de Milán estaba vacante, y dos partidos se disputaban la elección con una animosidad, que podía fácilmente convertirse en ruidoso choque. Ambrosio, Prefecto de la ciudad, se presenta en la iglesia para evitar el desorden, y mientras habla al pueblo con arrebatadora elocuencia, un niño exclama: «¡Ambrosio Obispo! ¡Ambrosio Obispo!» Esta voz de la inocencia parece como venida del

cielo, acógenla todos unánimes, y los dos partidos se ponen de acuerdo para proclamar á Ambrosio Obispo de Milán.

Éste, que era sólo catecúmeno, recibió con tal motivo el bautismo, y después de ocho días de retiro y soledad, de oraciones y lágrimas, fué ordenado primero sacerdote, y seguidamente Obispo, el 7 de Diciembre de 374. Entonces, como flor que para derramar sus perfumes, espera sólo un rayo de luz, Ambrosio con la consagración desarrolló y manifestó los tesoros de su bellísima alma. Obispo y hombre de Estado á la vez, ocupado en procurar el bien de las almas y de la sociedad, corriendo el mundo para establecer la paz y hacer que Príncipes degenerados respetaran la justicia; encerrado horas enteras con los pecadores á quienes enternecía con sus lágrimas, escribiendo á los Reyes cartas atrevidas y componiendo cánticos de ternura exquisita para las vírgenes de Dios, Ambrosio era el hombre de todas las edades, de todas las posiciones y de todas las virtudes; tal, en fin, como Dios quiere al Obispo y aquella sociedad tuvo la dicha de poseerle.

Pero estas cosas no eran más que preludios: avanzando cada día en santidad, este ilustre Obispo se preparaba á dos actos imposibles de prever; pero que iban á coronar su cabeza de aureola inmortal, y para los cuales acaso Dios le había creado tan grande. ¿Quién no ha oído hablar de esa escena admirable, en que Ambrosio detuvo á las puertas de su catedral al Emperador, manchado todavía con la sangre de Tesalónica? Mas Teodosio fué digno del Obispo, y estos dos actos, tan bellos el uno como el otro, no se olvidarán jamás, marcando siempre una honda y larga huella de dignidad y grandeza.

Pero aunque fuese muy poderosa la palabra de Ambrosio en ese día, ha pronunciado otra que había de dar mayor gloria á Dios. Entremos en la morada del santo Obispo, fijémonos en el joven que allí se presenta y escuchemos las expresiones que van á brotar de los labios de San Ambrosio: ellas han regenerado á Agustín haciéndole santo y son también las que han dado á la Iglesia el más grande entre los doctores.

Uno de los primeros pasos de Agustín, cuando llegó á Milán, fué visitar á San Ambrosio; paso que debía dar, viniendo á ejercer un cargo público en la misma ciudad donde el Obispo residía; pero que esta vez dió también á impulso de otro orden más elevado. «Es dicha grande para »un joven, ha dicho cierto escritor, hacer sus »primeras visitas á los hombres que no son de su »edad y le han precedido en la vida pública, »sobre todo, cuando la gloria parece guardar el

» umbral de sus moradas (1).» Pero con más razón aún debe rendirse este tributo de veneración y respeto, si á la gloria va unida la santidad, y ambas aureolas adornan á uno mismo.

«Estando ya en Milán, dice San Agustín, fuí »á ver al Obispo Ambrosio, conocido en todas » partes como una alma de las más grandes, y » como vuestro piadoso servidor, ¡oh Dios mío! » ¡Yo estaba ciego, y vuestra mano me dirigía á » él, para que me abriera los ojos y me conduje- » se á Vos! Este hombre venerable me recibió » como un padre, y tuvo á bien decirme con la » caridad propia de su ministerio, que mi llega- » da á Milán le había llenado de alegría. Desde » entonces le amé, pero no era el doctor de la » verdad á quien yo amaba en él, habiendo per- » dido la esperanza de poder hallarla en la Iglesia; » lo que yo amaba era el hombre benévolo para » conmigo (2). »

El Santo é ilustre Ambrosio recibiendo al jo-

⁽¹⁾ Notice sur Frédéric Ozanan, del P. Lacordaire.

^{(2) «}Et veni Mediolanum, ad Ambrosium episcopum, in optimis notum orbi terræ, pium cultorem tuum; suscepit me paterne ille homo Dei, et peregrinationem meam satis episcopaliter dilexit. Et eum amare cœpi; non primo quidem tanquam doctorem veri, quod in Ecclesia tua prorsus desperabam, sed tanquam hominem benignum in me.» (Confes., lib. V, cap. XIII.)

ven Agustín, la paz del uno y la agitación del otro, y aquel astro que va á ocultarse, y este otro mayor, pero rodeado aún de sombras, forman una de esas escenas conmovedoras y solemnes que debiera ser descrita por mano maestra.

Después de haber visitado á Ambrosio, quiso oirle hablar en público. El Santo Obispo instruía los domingos á su pueblo, explicaba la Santa Escritura con sencillez, evitando la controversia y reemplazando la erudición con finas é ingeniosas alegorías, derramaba mucha luz sobre los pasajes obscuros de los divinos libros. Nada tan conveniente como esta palabra dulce, elegante, harmoniosa y elevada, para el alma herida y enferma de Agustín, que la escuchaba con encanto indecible, y sin temor ni sospecha de que lenguaje tan poco acerado pudiese causar heridas profundas.

Pero siguiendo en oir á San Ambrosio, advierte que la llaga de su corazón se dilata; que las dudas respecto al maniqueismo se engrandecen sobremanera, y que los últimos restos de sus creencias desaparecían viendo claramente la vanidad de cuanto hasta entonces había admitido; y juzgando, sin examinar detenidamente tan importante asunto, que la verdad no existía tampoco en la Iglesia católica, desesperó más que nunca de poderla hallar en parte alguna. ¿Qué le restaba hacer? Despreciar las

doctrinas, no ocuparse de las cosas y dedicarse exclusivamente á la forma, al estilo y á sus diferentes matices; en una palabra, al arte por el arte, única cosa en que Agustín creía. «He aquí, »dice él mismo, adonde había yo llegado; per-»diendo la esperanza de poseer la verdad, había »caído en el más profundo de los abismos (1); pen-»diente de las formas de la palabra, había llega-»do á ser indiferente y desdeñoso en cuanto al »fondo (2), y nada me conmovía, fuera del »arte de hablar, único amor que había sobre-»vivido en mi alma á la ruina de todos los »amores (3). » Es decir, que Agustín estaba en camino de ser un sofista, un artista de la palabra, inventor de antítesis y coordinador de frases; corriendo por consecuencia el más terrible de los peligros, no ya en su alma solamente y en su conciencia, sino en la inteligencia también.

^{(1) «}Et diffidebam et desperebam de inventione veri.» (Confes., lib. V, cap. I.)—«Dubitabam de omnibus, et inveniri posse viam vitæ minime putabam.» (Confes., lib. V, cap. XIII.)

^{(2) «}Verbis suspendebar intentus; rerum autem incuriosus et contemptor astabam.» (Confes., lib. V, cap. XIII.)

^{(3) «}Cum enim non satagerem discere quæ dicebat, sed tantum quemadmodum dicebat audire (ea mihi quippe desperanti ad te viam patere homini, inanis cura remanserat).» (Confes., lib. V, cap. XIV.)

Santa Mónica llegó á Milán precisamente en estas circunstancias, y no es difícil adivinar lo que sería la entrevista de tal hijo y de tal madre. Jamás se sienten mejor las puras y profundas afecciones de familia que en momentos de tristeza: Agustín y Mónica pasaban por elles; así que sus almas se unieron en largo y estrecho abrazo mezclándose también las lágrimas de sus ojos.

Luego que pudieron hablarse. Agustín para consolar á su madre que á la vez que lloraba, le dirigía miradas inquietas y escudriñadoras, se apresuró á decir que ya no era maniqueo. Al comunicarle esta noticia, esperaba Agustín verla llena de alegría, pero no fué así; Mónica no demostró ni admiración ni contento (1). No se admiró, porque ¿tenía algo de particular que Agustín no pudiera fijarse en arena tan movediza y en tierra tan estéril como la herejía de Manés? Así lo esperaba ella. No se mostró contenta, porque le parecía poco que su hijo hubiese abandonado este error, y esperaba más de sus lágrimas, queriendo que Agustín se hiciera cristiano y católico ferviente. Todo esto deseaba, y estaba segura de obtenerlo.

Mónica replicó vivamente á Agustín, que su

aspiración era hacerle católico; y mezclando la intuición de madre á la fe viva de santa, predíjole con energía y repetidas veces, que antes de morir le vería convertido. Agustín meneó la cabeza y respondió con una sonrisa dolorosa, porque dudando de todo y desesperando de la verdad, estaba decidido, según hemos dicho ya, á no ocuparse más de cuestiones doctrinales (1).

Pero esto precisamente llenaba de esperanza el corazón de Mónica: conocía demasiado á su hijo, para pensar que permanecería en semejante vacío; recordaba que era propenso á creer y amar, y por eso, viéndole sumergido en la duda absoluta, y sin tabla alguna de salvación á que asirse en el naufragio, nuestra Santa comprendió que estaba en el principio de la suprema crisis, la cual, aunque le ponía ahora al borde del abismo, ella misma había de traerle á la vida. Consolada con esto, bien que temerosa siempre, resolvió no perder un instante y redoblar sus oraciones, sus sacrificios y piadosas gestiones,

⁽¹⁾ Confes., lib. VI, cap. I.

^{(1) «}Invenit me periclitantem quidem graviter desperatione indagandæ veritatis. Sed tamen ei cum indicassem non me quidem manichæum, sed neque catholicum christianum, non quasi inopinatum aliquid audierit exilivit lætitiæ... Placidissime et pectore pleno fiduciæ respondit mihi credere se in Christo quod priusquam de hac vita emigraret, me visura esset fidelem catholicum», etc. (Confes., lib. VI, cap. I.)

para obtener de Dios abreviara los días del extravío de su hijo y apresurase el de su conversión (1).

Fija en esta idea, su primer pensamiento después de abrazarle, fué ver á San Ambrosio, noticiosa de que él había puesto á Agustín en la crisis que atravesaba. Tenía deseos de manifestarle su agradecimiento, y anhelaba saber lo que el Santo pensaba de su hijo, confiarle sus dudas, sus temores, sus presentimientos y sus esperanzas; ansiando también rogar al anciano Obispo, á quien conoció en Thagaste, que entablase relaciones con Agustín, para hacerle cristiano á la mayor brevedad.

Ambrosio recibió á Santa Mónica con entrañable ternura, y no se cansaba de contemplar á esta madre, en cuyo rostro el amor de Dios y el afectuoso cariño de su hijo extraviado habían abierto tan venerables huellas. La entrevista no se borró jamás de su memoria, y cuantas veces hablaba con Agustín, le felicitaba por tener una madre semejante (2).

Santa Mónica, á su vez, se conmovió hasta

derramar lágrimas ante Ambrosio, de quien esperaba la salvación de su hijo, y cuyas primeras palabras pusieron á Agustín en estado de inquietud y fluctuación, es verdad, pero lleno de esperanza. La piedad, la dulzura, la ciencia y modestia del santo Obispo encantaron á Mónica y, así animada, le abrió su corazón, manifestándole desde luego el elevado y profundo afecto, que tendrá siempre una madre para el hombre de Dios, que dirige, que salva y, sobre todo, que convierte á su hijo (1).

Debe tenerse por cierto, que nuestra heroína confió también al santo Obispo la dirección de su propia conciencia, y que este grande hombre, que pasaba una parte de su vida en oir á los pecadores y en llorar con ellos, tuvo el consuelo de confesarla mientras permaneció en Milán. ¿A quién mejor podía encargar Mónica la dirección de su alma, que al que, según presentía, estaba por Dios escogido para la conversión de su hijo? ¿No era esto parte esencial de su vida por enton-

^{(1) «}Tibi autem, fons misericordiarum, preces et lacrymas densiores, ut accelerares adjutorium tuum, et illuminares tenebras meas, et studiosius ad ecclesiam currere, et in Ambrosium ora suspendi.» (*Confes.*, libro Vl, cap. I.)

⁽²⁾ Confes., lib. VI, cap. II.

^{(1) «}Diligebat autem illum virum sicut Angelum Dei, quod per illum cognoverat me interim ad illam ancipitem fluctuationem jam esse perductum per quam transiturum me ab ægritudine ad sanitatem, intercurrente arctiore periculo, quasi per accessionem quam criticam medici vocant, certa præsumebat.» (Confes., libro VI, cap. I.)

ces? Tenía efectivamente en aquellos instantes un solo pensamiento: rogar, llorar por su hijo y traerle á Dios con sus muchas lágrimas. Si se ocupaba de su propia alma, si velaba con delicadeza cada vez mayor sobre sus pensamientos, aun los más insignificantes; si cada día se esforzaba por ser más humilde y más recogida, todo era mirando á su hijo, y con el fin de que sus oraciones más puras, y su corazón más de Dios, pudieran conseguir lo que deseaba. ¿Quién, pues, como Ambrosio estaba en situación de comprender un alma semejante, y quién mejor que él podía dirigir á la que tanto necesitaba de luces especiales?

Pero Mónica, aunque joven, no debía permanecer ya en el mundo más que dos años, los más bellos de su vida y aquellos en que, como enseña la historia de los Santos, suelen éstos dar sazonados y preciosísimos frutos. En los designios de la Providencia estaba decretado, que los pasara bajo la vigilancia y siguiendo los consejos del mejor director espiritual que había en aquella época, cosa que hace Dios con frecuencia; pues cuando un alma se ha robustecido en la soledad y llega el momento del desarrollo, la trasplanta y coloca al lado de algún santo director que Él ha preparado en secreto para que dé la última mano á tan bella obra.

De acuerdo ya con el santo Obispo de Milán, Mónica procuró que las relaciones entre éste y su hijo fueran más frecuentes y más íntimas. Siempre que visitaba á San Ambrosio, y era frecuentemente, iba acompañada de Agustín. De cuando en cuando, ya con un pretexto ya con otro, le enviaba á casa del Prelado, aparentemente para pedirle consejo sobre cualquier punto que la concernía; pero en realidad, para que tuviese Agustín ocasión de conversar con el gran Obispo.

Un día, por ejemplo, Mónica dudaba si debía ayunar, pues era sábade, y en tal día la Iglesia de Africa acostumbraba siempre á hacerlo; pero no siendo en Milán día de ayuno, preguntaba si debería seguir la costumbre de Thagaste ó la de Milán. Bien pudiera informarse por sí misma del santo Obispo, mas por una de esas piadosas industrias que inventa fácilmente el corazón de las madres, prefería enviar á Agustín, y fué éste á quien dió San Ambrosio la respuesta que tan célebre ha llegado á ser: «Seguid la costumbre de la Iglesia, en que os halléis. Si estáis en Roma, ayunad con la Iglesia de Roma; pero si estáis en Milán, no ayunéis, porque la Iglesia de Milán no ayuna.»

Un hecho bien distinto demostró por entonces, cuán intimamente enlazados estaban en San-